



La presidenta de Aproideg, Séfóra Vargas, ayer en la plaza Virgen de los Reyes

ROCIO RUZ



Formación

«Es posible tener formación y ser gitana», afirma esta joven mujer que defiende el respeto, la solidaridad, el valor de la palabra dada, la humildad de su pueblo

La libertad

De la sociedad paga envidia «la libertad para decidir, pensar, actuar, de ser uno mismo»

El ritual del pañuelo

Odia que «se banalice el ritual del pañuelo como si fuera una cuestión circense que no refleja la realidad gitana»

Desde Aproideg, la entidad que preside, esta gitana, estudiante de Derecho, lucha por ayudar a su pueblo

Séfóra Vargas, rompiendo los moldes gitanos

AURORA FLÓREZ
 SEVILLA

«Prefiero que me odien por lo que soy, a que me tengan lástima por lo que no he sido... lucharé hasta el final. y cuando crea que ya he ganado la batalla, me buscaré otra guerra por la que luchar...». Es el lema de Séfóra Vargas, gitana, 33 años, a falta de cinco asignaturas para acabar Derecho y presidenta de la Asociación para la promoción y desarrollo económico integral del Pueblo Gitano (Aproideg), entidad que acaba de celebrar el Día Internacional de esta raza.

Su curriculum, obviamente, se aleja diametralmente de la idea que el pueblo payo y los mismos gitanos tienen de una mujer. Y, que nadie se equivoque, le ha costado lo suyo romper moldes, ser punta de lanza y pulverizar los estereotipos. Tal vez sus antecedentes familiares ayudaron a trenzar los mimbres de parte de la mujer que es hoy Séfóra, esta luchadora impenitente por la dignidad de los suyos desde la asociación que preside, que trabajan entre otros objetivos, por y para que la gestión del comercio ambulante se haga desde el respeto de los

derechos fundamentales y de los trabajadores. Pero es algo más, es su «gran caballo de Troya», una estrategia para llegar a muchas familias —en Sevilla, por la crisis y el cambio climático, los vendedores ambulantes han bajado de 600 a la mitad— que están en tierra de nadie, siempre en riesgo de exclusión social, para demostrarles que la formación y la cultura son fundamentales y que no suponen una ruptura con la cultura y las tradiciones gitanas. Se siente «presa de un destino, de la obligación moral de ayudar a mi pueblo», dice desde esa posición de quien es hija de vendedores, criada en un mercadillo, de quien conoce esos madrugones pasando frío o sufriendo 45 grados, con hierros que quemaban las manos, sin infancia, y también de quien ha podido y sabido compaginar dos mundos. Lectura, música y deporte —«que me enseñó a competir, a rivalizar, a no diferenciar entre hombres y mujeres»— forman parte de ese despego en su infancia, en la que pesaban dos grandes modelos: su abuelo Diego Vargas Torres, padre de su padre, uno de los primeros gitanos militares, y su abuela, Concha Vargas, escritora de Lebríja. Su madre, Rosario, siempre soñó

con estudiar y Séfóra, entre cuatro hermanos, fue la que supo aprovechar esta oportunidad.

De ningún modo reniega de sus raíces, pero sí de esa visión que los medios dan de su pueblo. ¿El ritual del pañuelo y el «yeli yeli»? «Es algo bonito y positivo, respeto a quien quiera hacerlo, tiene un gran significado para los gitanos», pero abomina de que «se vulgare, se profane, se emita por televisión y se muestre como un ultraje, como una barbarie, y que se banalice como si fuera una cuestión circense que no refleja en modo alguno la realidad gitana».

La realidad es «el retraso económico, cultural, social y político» que sí marca al pueblo gitano, castigado desde los Reyes Católicos, en una sociedad en la que resulta, para mujeres como Séfóra, muy difícil vivir: «los tuyos te ven como un bicho raro. Es muy difícil ser referente para tu pueblo». Y Séfóra lo hace con el coste de sacrificios y de cuidar su imagen, y a la vez, para demostrar que «es posible tener formación y ser gitana» aun en un mundo payo, en que ese racismo que aún perdura en los colegios arroja a las niñas a matrimonios tempranos, en el que ve envidiable «la libertad para decir, para pensar, para actuar y ser uno mismo. Entre nosotros —dice— hay muchos tabúes, todavía estamos sujetos al dogma y sólo un 1% somos universitarios». Sí, pero Séfóra, que ansía montar su propio bufete para seguir asesorando a los suyos, como viene haciendo desde hace diez años, defiende, con razones, los valores de su pueblo: «respeto, solidaridad, honestidad, valor de la palabra dada, unidad familiar, adoración por las persona mayores, humildad de condición y ese sistema de defensa que se produce en los grupos perseguidos».

Seis siglos de estereotipos sobre la nación gitana, a la que sólo le falta el territorio, pueden empezar a venirse abajo con personas como Séfóra Vargas, que toma lo mejor de los dos mundos.